

en lo ordinario, de rigidez y desproporción, y en vano buscaríamos, en nuestros cuadros y nuestras esculturas, el asombroso realismo que al tipo humano supo imprimir la antigüedad clásica, como si aquella fuente de belleza física se hubiese agotado para siempre. Ello será debido a diferentes causas. La ninguna, o casi ninguna relación entre el Oriente y Occidente, la Iconoclastia bizantina más o menos repercutida en la cristianidad germánica, las largas consecuencias de las invasiones bárbaras, que alzan en la historia del mundo barreras infranqueables, los efectos no del todo evitados de antiquísimas disposiciones canónicas de alguna particular iglesia, el espíritu mismo de los artistas, en su mayoría monjes, acostumbrados al apartamiento del mundo exterior y enamorados de la belleza mística, a donde les lleva por entero su disciplinada fantasía: el no infundado temor de profanidad en las costumbres y en la vida cristiana los apartaba sistemáticamente de inspirarse en la belleza corpórea, por el pecado mancillada, conformándose con tomar solo lo preciso, para formar como la *armadura* sensible, y en ella acumular tesoros de sentimientos de la vida interior.

Más si estas causas y otras parecidas pudieron quitar y apartar del Arte Cristiano en los prime-

